

PALABRAS INICIALES DE LA XI REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

POR

GERMÁN ALVAREZ DE SOTOMAYOR.

Con una gran satisfacción, por el honor que para mí representa, os saludo y os doy la bienvenida en nombre de quienes han llevado el peso de la organización de esta XI Reunión de Amigos de la Ciudad Católica —a los que todos conocéis bien—, así como os doy, también, las gracias por haber acudido a esta convocatoria invirtiendo en la tarea que hoy iniciamos el tiempo que hubierais podido dedicar a vuestros deberes o a vuestro descanso.

El lema que campea en la convocatoria de esta XI Reunión reza así: *Contemplación y Acción*.

¿Por qué esto y no «Pensamiento y Acción»? Pues, sencillamente, porque entendemos que *contemplación* expresa mejor nuestro propósito al ser esta una palabra que señala una actividad más profunda y extensa que la de pensar. Pensamiento es cosa de la mente; contemplación significa una intensa movilización del espíritu, una atención continuada y amorosa para el conocimiento y la posesión de algo que está ante nosotros, fuera de nosotros pero no ajeno a nosotros. Contemplación comprende, en efecto, una actividad pensante, pero su raíz es más honda. Se puede pensar eficazmente con frialdad y con alejamiento. La contemplación supone, en cambio, un ansia sostenida y paciente ante algo que nos atrae y cuyo sentido esperamos nos sea revelado, diríamos, directamente, como por penetración más que por razonamiento.

Es decir, la contemplación supone una disposición del espíritu que nos mueve irresistiblemente hacia la verdad y hacia su aceptación, más allá de lo que sensorialmente o racionalmente seríamos capaces. Cuando por el camino de la contemplación llegamos a des-

cubrir y aceptar la verdad, nada puede ya separarnos de ella. Porque ese camino lo hemos recorrido sin resentimiento, sin soberbia, serenamente.

Por ello, hemos preferido proponeros que sea la contemplación mejor que el pensamiento lo que preceda como causa u origen a la acción.

Contemplación, a la vez ardiente y paciente y acción inteligente, viva y alegre, habrán de ser parte muy importante de nuestra actividad, de nuestro esfuerzo moral, intelectual y hasta físico.

Más que nunca, ahora, nuestra movilización es necesaria y urgente, aunque quizás no tanto como habrá de serlo en el tiempo próximo que ha de seguir. Hemos de anticiparos que, en efecto, muchos de nosotros creemos firmemente que está a punto de llegar el día en que ya será tarde para hacer lo que aún podemos hacer. Pasado ese día, aunque no todos se darán por vencidos porque sepan encontrar la ayuda de Dios, será mucho más lo que tengamos que soportar que lo que podamos hacer.

A muchos parecerá pesimista y agorera esta afirmación y ojalá lo fuera. Se prefiere pensar, porque es cómodo, que todo a nuestro alrededor nos invita a confiar sosegadamente en la eficacia de nuestras instituciones, en la continuidad, en lo esencial, de nuestras costumbres y en el orden reinante, sólo alterado de vez en cuando por incidentes, bastante localizados y en ningún caso más graves que los que vienen produciéndose en cualquier país civilizado.

Oimos decir que no hay que ser maniáticos, que el Mal —con mayúscula— ha existido y existirá siempre, aquí y en cualquier parte.

Nosotros decimos: el mal no es nada nuevo, en efecto. De ahí el constante esfuerzo del hombre en la tierra debatiéndose entre el Mal y el Bien. Pero el peligro de destrucción por las fuerzas del Mal es tanto mayor y tanto más próximo cuanto más entretrejidas aparecen las raíces y los frutos de uno y otro. La confusión es, precisamente, lo más grave. Aclaremos esto. Hay etapas en la Historia en las que las sociedades humanas logran —siempre, mediante la religiosidad latente en las almas y en las mentes— descubrir unos principios, unos valores que radican últimamente en la Divinidad, en lo sobrenatural y que son empleados, por su firmeza e inmovili-

dad, como cimiento en la formulación de normas y costumbres y en la construcción de una estructura en cuyo ámbito transcurre, con el debido regimiento, la vida personal y la social. Esto permite que cada individuo pueda conocer y distinguir con relativa facilidad el camino del Bien y del Mal. En tal situación de entorno claro y diáfano, cuando un hombre cae —como tan frecuentemente caemos todos— en tentación, y toma el mal camino, los demás, los suyos, pueden ayudarle, simplemente, señalándole la norma moral indiscutida.

El hombre caído en pecado contra los demás —y por supuesto y primordialmente, contra sí mismo— puede levantarse, si quiere. Tiene siempre donde asirse para ponerse en paz consigo mismo y con los demás.

Pero en otras etapas de la Historia, al perder el hombre la fe, al erosionarse sus ligaduras con la Divinidad, con lo sobrenatural y al perder, en consecuencia, las normas, los principios y los valores, su única raíz —la sobrenatural— capaz de conferirles legitimidad y vigencia indiscutibles, pierden asimismo su eficacia, víctimas de la misma erosión. Así, el cumplimiento desganao de toda norma, la rutinaria apelación a los altos valores cuando éstos se encuentran ya degradados y como en caricatura de los auténticos y puros, produce, inevitablemente, la disolución y la dispersión de la sociedad, al acaecer la destrucción de los arquetipos ideales de las instituciones superiores, de la familia, de la persona y de sus comportamientos. El ignorante y el malvado pueden ya codearse, de igual a igual, con el sabio y con el justo. Estos llegan a desaparecer y de ellos queda, si acaso, un recuerdo como de animales antediluvianos.

A partir de este momento la vida personal evoluciona con la social hacia la indignidad y la abyección.

Pues bien, en el momento en que vivimos, en el mundo, pero muy concretamente, en este país nuestro, el mal total, íntegro y universal parece haber sido asumido por la Revolución. Pero el Mal, asumido y administrado como decimos por la Revolución, no se limita a atacar al hombre, a la persona, por medio de la tentación, como lo hacía el viejo Diabolo que aprovechando la fragilidad innata

de la criatura humana la invitaba a la satisfacción de toda clase de apetitos si se atrevía a escapar de la norma, de la Ley.

No; el mal hoy ataca a la sociedad en sus propias bases. La Revolución sabe muy bien que destruyendo estas bases en su raíz sobrenatural —la fe, los valores, los principios, las normas—, el hombre, todos los hombres se encontrarán inermes ante ella. ¿Para hacer qué? ¿Para liberarlos? Bien. Veamos cuál es la liberación que la Revolución nos ofrece. Su voz nos dice:

- Olvidemos a Dios que está fuera de nuestro alcance y que nos ignora.
- El hombre ha de ser dueño de su destino.
- El hombre es capaz de transformar la Naturaleza y de transformarse a sí mismo.
- El hombre puede construir una sociedad perfecta, llegar a un paraíso terrenal, sin «alienarse» —es decir, sin buscar ni mirar a Dios—, por el camino del socialismo.

Si preguntamos: ¿Y cómo se puede llegar a ello?, la Revolución nos dice:

Eliminando todos aquellos factores «regresivos» que mantienen al hombre en un estado primitivo y bárbaro de su evolución. De ahí la necesidad de la desacralización de todos los fundamentos divinos y sobrenaturales de la sociedad. De ahí la ruptura con la tradición y la necesidad de la racionalización extrema de los actos humanos en menoscabo —hasta la destrucción, si preciso fuera— de los vínculos y de los sentimientos familiares, en menoscabo del innato apego a un determinado rincón de la tierra.

Para eliminar estos frenos, la Revolución nos dice que cualquier método es bueno siempre que su empleo no suscite una enérgica reacción defensiva del cuerpo social. Así, la Revolución, unas veces hace la exaltación del pacifismo, como otras glorifica la guerra de rebeldía contra la «opresión», o, amparada en abusos evidentes de determinadas funciones y prerrogativas asumidas por países o por grupos preponderantes en determinadas etapas de la historia, ataca, no a tales abusos sino al legítimo uso de esas necesarias funciones y prerroga-

tivas. Así, la presencia y la acción de un pueblo de cultura superior cerca de otro, en muchos aspectos rezagado e indefenso, se denomina *colonialismo*, queriendo borrar que, precisamente, estos encuentros —siempre difíciles— entre dos pueblos en tal situación relativa, ha sido el instrumento providencial para el avance de la civilización.

La propiedad en todas sus formas y la libertad de iniciativa en lo económico se denomina siempre, para simplificar, *capitalismo*, voz esta que, en verdad, no es estrictamente sino la concentración de capital y de medios de producción que las necesidades de la vida moderna han hecho inevitable. Díganlo si no los propios países comunistas con su supercapitalismo estatal.

En el orden de las virtudes sociales y personales, la Revolución, aprovechando una vez más las deformaciones y las falsificaciones evidentes y desgraciadamente frecuentes de tales virtudes, ataca, no a los vicios que las adulteran, sino su propia raíz. Para ello las envuelve en epítetos y denominaciones peyorativas que, al hacerse de uso común, las hace aparecer como indeseables o, al menos, «superadas».

Así, la obediencia es tachada de *servilismo*. La noble relación entre padre e hijo es *paternalismo*. La autoridad es *opresión*. El pudor, el patriotismo, el honor, son *hipocresía* o *mojiganga*. ¿Para qué seguir? Por este camino, va la Revolución eliminando los frenos y produciendo el desarme de los hombres para llegar al final. Pues bien, supongamos que ya hemos llegado. No hay normas, no hay principios inmutables. Ningún asidero terrenal ni sobrenatural para el hombre. Ya está «liberado». Unos pocos mandan, todos los demás a obedecer. En este juego no habrá ningún principio, ni norma, ni valor permanentes que hayan de ser respetados tanto por el que manda como por el que obedece.

Las normas, los principios y los valores serán, únicamente, los positivos, los que ocasionalmente dicten según su conveniencia, para mantenerse en el poder, los que mandan. Estos, que han llegado a destruir tan racionalmente los valores que mantenían, según nos dicen, la «alienación» del hombre; éstos, que no han vacilado en emplear sin el menor escrúpulo todas las armas y todos los métodos que les ha permitido el triunfo de la Revolución, no van a «arrugarse» en el último momento. Sabrán aplicar una dureza como quizás

no se haya conocido nunca para no dejarse arrebatar las riendas de la humanidad en su veloz carrera hacia el Estado Socialista que ha de conceder al hombre, sin necesidad de Dios, sin referencia alguna fija respecto del Bien y del Mal, sin virtud ni pecado, el Paraíso en la tierra, el Paraíso tecnológico del Desarrollo y del pleno dominio de la Naturaleza.

Ahora una pregunta nuestra: ¿Por qué resulta más fácil para tanta gente creer en esta utopía que en la Verdad Revelada, transmitida por nuestra Iglesia a lo largo de veinte siglos?

Se nos dice que la Revolución a partir de Carlos Marx es ya una mecánica infalible, puesto que la doctrina que ahora la sirve es *científica*, como lo es la interpretación materialista de la Historia que preconiza el famoso pensador. Merced a este carácter taumatúgico que lo «científico» presta a una tal doctrina, se nos induce a creer otra afirmación: Que la conducción marxista de la Revolución ha sabido encauzar ésta en la dirección del «Viento de la Historia». Es decir; que ya sabemos que hay un viento invariable para la Historia y sabemos a dónde y a qué, este viento nos conduce.

¿No os parece, amigos, que sabemos demasiadas cosas? O, más bien, ¿no es demasiado lo que hemos de creer que sabemos?

Es curioso. Siempre la fe. ¿Por qué, entonces, tanta apelación a la «ciencia».

Si las consecuencias de este planteamiento o despliegue semi-filosófico de la Revolución no hubieran sido trágicas, casi podrían mover a risa. ¿Cómo entonces, podemos explicarnos, que tanta utopía en unión de tanto destrozo brutal e inútil haya podido arrastrar a masas y pueblos en una entrega loca de su propio ser y de su futuro?

Personalmente, no he creído nunca en la capacidad de arrastre de las construcciones semi-filosóficas y de las visiones futuristas de la Revolución, formuladas por sus más calificados definidores y conductores.

Creo más bien que el avance realmente impresionante de la Revolución se debe mucho más a factores que yo llamaría *calientes*. Factores humanos, como la frustración, el resentimiento, el odio y ¿por qué no decirlo? el ansia desesperada de perfección y de justicia de muchos con la fe perdida. El haber sabido jugar con estos fac-

tores, sin piedad y aplicando en ese juego una novísima técnica realmente diabólica, es lo que ha permitido a la Revolución su gran avance. Pero, aun así y en este terreno humano y, por tanto, caliente, nos sorprende la facilidad con que las gentes caen en la trampa, porque no se diga que ésta no se ve. Las apelaciones y las invocaciones de la Revolución a la justicia, a las reivindicaciones humanas, solamente persiguen una finalidad táctica: movilización de las masas contra todo valor o principio que pueda reagrupar orgánica y armoniosamente a las gentes, como pueblo, no como masa, para, así, destruir todo freno que se oponga a la utópica sociedad paradisíaca. La Revolución, por sus propios paladines, se ríe poco de esas metas humanas de justicia, de paz y de bienestar. A todo esto le llaman «ideales pequeño-burgueses» o «socialismo utópico».

¿Cómo, entonces, ante ese sucio juego, ante ese despliegue de todas las fuerzas del mal, cada vez los riesgos de caída de todos los pueblos son mayores?

La explicación de ello empieza a estar clara. Resulta que la Revolución no puede ya avanzar en pueblos de rica tradición cristiana, a bandera desplegada pese al olvido de su origen y al desorden moral reinante. Tiene que ocultarse y pactar. Simula aceptar, por ejemplo, una situación que no le es favorable y ofrece tregua a cambio de que se le permita alguna justificación velada y siempre, claro está, al hilo de propósitos comunes, y para objetivos limitados y que pueda compartirse. La Revolución avanza porque es esto lo que hace y porque los pueblos con su fe perdida y sin más ideal que el desarrollo tecnológico y el bienestar carecen de vigor y prefieren no ver, no saber, para no tener que defenderse.

Aquí, en este país y, ahora, se está haciendo un ensayo general de este método de penetración, con unos resultados que a muchos nos parecen sorprendentes. No puedo extenderme en esta ocasión para croquizar el esquema de cuanto está ya bien visible respecto del entramado que se está fraguando, pero sí he de decir que cuanto estamos viendo nos resulta incomprensible y escandaloso. Y lo más estremecedor es el silencio, la mansa aceptación por parte de todos —de las jerarquías y de las gentes— de este inexorable y cada vez más vertiginoso avance del mal en ola devastadora ante cuya forma-

ción y ante cuyo paso no sabe uno qué admirar más: si la inteligencia que la promueve y que tan hábilmente la conduce o la ridícula ingenuidad y benevolencia de quienes la ven engrosar cada día, con un poco de susto, quizás, pero, también, confiados —o esforzándose en parecerlo— de que esto es, simplemente, el desarrollo, el progreso.

No podemos comprender el que nadie, con puesto y con responsabilidad de guía, denuncie el mal que está ya a la vista de todos y dé la voz de alarma. No comprendemos cómo, en vez de hacer esto, quienes tienen la misión de guiaros, esbozan una sonrisa por nuestro infundado temor, como si ellos estuvieran en el secreto de que todo se debe a una martingala de alta política, en tanto se mantienen en mano y firmemente todos los resortes, todos los dispositivos para que al caer el telón todo haya acabado bien.

Pero no se trata, ahora —pues no es este el lugar ni es esta la ocasión— de dar un paso adelante y pisar el campo de la política para formular demandas y exigir aclaraciones. Se trata de solicitar de vosotros una atención intensa, continuada y paciente por cuanto acontece a nuestro alrededor, por cuantos medios naturales o sobrenaturales pueden encontrarse a nuestra disposición para poder ocupar nuestro puesto de lucha contra la confusión. Os pedimos una actividad de contemplación para emprender de nuevo, cada día, una acción.

Pedimos vuestra ayuda. Nada a cambio os podemos ofrecer. Nadie aquí dispone de «influencias». No se distribuyen cargos ni honores. Sólo el trabajo que cada uno pueda asumir. Mil gracias por cuanto podáis hacer en adelante. Y gracias por vuestra atención.